



## La lingüística dizque no es útil para traducir

Edgardo Malaver Lárez

*Primero, sepamos qué son las cosas; después veremos si sirven o no para vida eterna [...]. Mas a medida que se ha ido sabiendo con conocimiento teórico-técnico qué son las cosas, el para qué de ellas ha resultado ser el hombre [...]. El conocimiento teórico-técnico ontológico es antropológico. La ciencia versa ya sobre qué son las cosas, mas de modo que lo que ellas son lo sean efectivamente para el hombre.*

García Bacca

¿Quién nos enseñó que es recomendable que nos lavemos las manos antes de comer? ¿De quién aprendimos que son las hojas de los árboles las que producen el “alimento” que consume nuestra sangre, el oxígeno? ¿Cómo supimos que la luz viaja en línea recta a unos 300.000 kilómetros por segundo, lo cual hace ineludible que tengamos sombra? ¿De dónde sacamos que la tierra que pisamos es “redonda”, que las islas no deambulan flotando sobre el mar, que los eclipses, los cometas y los terremotos no son anuncios del fin del mundo? Más sencillo, más cotidiano, ¿dónde aprendimos que dos más dos son cuatro?

Todas estas preguntas, que hoy sabemos responder con muy poco esfuerzo, eran enormes enigmas hace cien, trescientos, quinientos años; y es gracias a la ciencia que hemos dado con sus respuestas, por más que aún nos falten preguntas por responder. No se puede negar que se trata de preguntas harto sencillas y de respuestas que confundimos con la cotidianidad. Ya no hay misterio en las mareas (y su relación con la luna), en la fiebre (y su relación con los microorganismos), en los truenos (y su relación con la electricidad). Cada uno de estos fenómenos son ejemplos de cómo la ciencia ha penetrado en nuestra vida diaria y la ha modificado... confíemos en que haya sido para bien.

Si es así en la vida cotidiana contemporánea, es incalculable hasta qué punto necesitamos la ciencia en las profesiones que elegimos. Todas las profesiones, todos los oficios, todos los trabajos que hace el hombre tienen alguna conexión con alguna ciencia o, como se concibe en la actual época interdisciplinaria, con más de una. Que existan personas que, sin haber estudiado una carrera formalmente, hagan su trabajo con un alto grado de excelencia prueba que tienen un espíritu emprendedor, inteligente, metódico, no que no necesitan el conocimiento formal, teórico, científico de esa disciplina. No puede ser diferente en las

disciplinas y profesiones relacionadas con la lengua, puesto que esta, aunque sorprenda a unos cuantos profesionales, es también objeto estudio de la ciencia.

Dentro de muy poco tiempo se cumplirá un siglo de la aparición de la lingüística, que es la ciencia que estudia el fenómeno de la lengua, su naturaleza, las “leyes” que la rigen, sus estructuras, su funcionamiento, el uso que los hablantes hacen de ella y demás hechos relacionados con ella; estudia incluso el fenómeno de la existencia misma de la lengua. En estos cien años, la lingüística se ha diversificado tanto, ha pasado por tantos períodos, ha hecho tantas constataciones y descubrimientos, que es curioso que hayan pasado tan solo cien años. Esta ciencia también ha dejado huella clara en la vida diaria: a nadie le son extraños los conceptos (o, al menos, las expresiones) de sujeto, verbo y predicado, singular y plural, voz activa y voz pasiva, concordancia, semántica, conjugación, dialecto e incluso nociones tan recientes (o conceptualizaciones nuevas de términos ya existentes) como discurso, contexto y metáfora.

Tal como después del viaje a la luna, de la travesía de Colón, de la teoría de Einstein, después de Saussure la lingüística se ha metido en la vida de la gente, al menos en su lengua. Siendo así, su involucramiento en la traducción —una de las figuras protagónicas de la razón de ser y del campo de acción de la Escuela de Idiomas Modernos— tiene que abarcar un terreno mucho mayor. Hay varias razones para pensar esto. La primera es tan sencilla, que resulta en realidad simple: la traducción se hace con la lengua; todos los factores que intervienen en ella están constituidos o han sido contagiados por la lengua; de modo que, disponiendo de una ciencia que nos despeja los misterios de este material esencial que se transforma para dar lugar a un nuevo texto que puede ser tomado por otro, no sería inteligente desperdiciar las ventajas y beneficios que tan graciosamente nos ofrece.

Mas hay otros factores. Las ramas en las que se divide la lingüística nos ofrecen herramientas formidables para la práctica de la traducción y la interpretación. La morfología, por ejemplo, nos introduce en el interior de la palabra —la extranjera y la propia— para mostrarnos las fibras, los tejidos, las partículas que la convierten en el signo más adecuado, en uno y otro sistema, para señalar una misma cosa quizá desde un ángulo diferente, o quizá poniéndolo en otra posición para verle otro ángulo que es el más natural en la otra lengua. El conocimiento de la morfología puede darnos la certeza de que desarmar una palabra en morfemas y volver a armarla con otra apariencia es el procedimiento adecuado para traducir aquello que quizá no encontremos en el diccionario o cuya equivalencia nadie acierta a deducir fácilmente. También es enormemente importante —al menos útil— tener claridad en cuanto a qué parte de la palabra es el lexema, cuáles son los morfemas, cuáles pueden variar en género, número, tiempo, etc., hasta dónde llega cada elemento y cómo se combinan con cuáles otros (información importantísima para circunscribir el significado al campo indicado por el original).

El conocimiento morfológico de un traductor equivale al lente de la cámara de un fotógrafo. Quien desee convertirse en fotógrafo profesional no descuidará nunca la calidad del lente que le pone a su cámara, y entre más poderoso y preciso sea el lente, mayor será la calidad de la foto. ¿No tiene que ser así en todas las profesiones? ¿Por qué no en la traducción?

Cercanamente emparentado con el morfológico está el conocimiento etimológico que tengamos de nuestra lengua y de aquella desde la cual traducimos. Ser capaces de identificar el origen de raíces, sufijos, prefijos, etc., su riqueza, posibilidades e implicaciones repercute en mayor precisión, mayor velocidad, mayor calidad. Y no solo eso: el texto en el idioma del traductor, además de ser fiel al contenido del original, tiene que guardar relación

cultural, textual y pragmática con la sociedad a la cual va a ser entregado, de modo que la fidelidad ha de construirse, también, con elementos que en esa nueva sociedad, la de llegada del texto, son los más naturales, los que contienen lo que en ella es lógico y esperable que contengan, es decir, recurriendo a los signos (elementos etimológicos, en este caso) a los que se acudiría en esa sociedad si se escribiera ese texto como original. Cuando uno recibe en casa la visita de un amigo que es, por ejemplo, muy religioso, tiene que tener presente que sus comentarios, sus expresiones, las referencias a sus lecturas, sus sugerencias e incluso su forma de saludar y despedirse provendrán de su inclinación hacia lo espiritual. Sin embargo, cuando narramos a otro amigo, menos creyente, lo acontecido durante esa visita, hacemos el esfuerzo de mostrarle las cosas mediante formas que le sean naturales a este más que a aquel. En una traducción, entonces, el origen de las palabras puede ser diferente que en el texto del cual proceden porque sencillamente las palabras de la sociedad que las va a recibir también tienen, o pueden tener, otro origen.

Por otro lado, la sintaxis, que permite identificar en una oración las funciones de cada una de las palabras, además de las relaciones que surgen entre ellas —como si se tratara de un ecosistema en que cada individuo necesita a los demás para existir y, al mismo tiempo, es necesitado por los demás—, se convierte para el traductor y el intérprete en una especie de ordenador del pensamiento: del suyo propio y del que va a estar expresado en el mensaje que está componiendo (o recomponiendo) para sus lectores. La sintaxis no solo nos ofrece la fotografía del crucigrama que hay en la mente del autor: también nos va insinuando posibilidades de combinación para cruzar nuestras propias palabras en nuestro propio idioma, de manera que uno preciso de los muchos órdenes posibles pueda ser tomado por representación fiel de otro que para nosotros no existe.

El conocimiento lingüístico que tengan el traductor y el intérprete les ofrece también criterios confiables para elegir con el mayor tino el léxico que requiere en su lengua el texto que el autor ha construido en la suya a partir de lo que ella le ofrecía. El léxico de cada disciplina, de cada grupo, de cada época, de cada nivel de formalidad presente en las situaciones comunicativas no es cosa que pueda comprarse al mayor en el mercado: requiere del estudio y observación del traductor —y, lógicamente, del traductor en formación— porque este conocimiento, aunque está implícito en todos los hablantes, no es totalmente consciente en todos los aspirantes a traductores e intérpretes profesionales. Es decir, el nivel lexical de la lengua tampoco se aprehende de la noche a la mañana y, por tanto, el momento de comenzar a familiarizarse con él es ahora mismo.

Así, desembocamos en el nivel semántico, que es el que más atención parece acaparar en la actividad de los traductores porque, al fin y al cabo, es el significado de lo que desea decirnos el texto codificado en una lengua extranjera lo que nuestros lectores desean conocer con más prontitud. La semántica da también al traductor una cantidad de conocimientos y destrezas que lo acercan al ideal de su profesión. Moverse a lo largo de un texto con la habilidad de ir reconociendo las metáforas y los sinónimos, las metonimias y las hipérbolas, las homonimias y los apócopos, e incluso las falacias y los sinsentidos que trae el texto tiene que reportar mayores ventajas que comenzar a intuir, cuando emprendemos nuestro primer encargo, que ahí hay algo que

Mientras Braulio Journaux se prepara para su exposición en la charla *Traducción profesional: mito o realidad*, otros profesores comparten animadamente: Patricia Torres y en la fila delante, Carmelo Velásquez de espalda y, al final, Luisa Teresa Arenas



uno no logra identificar pero que parece darle cierta belleza, cierto misterio, cierta felicidad a lo que apenas estamos leyendo. Sería verse en la situación de quien nunca ha oído hablar del mar y tiene que construir un barco. Un traductor no puede quedarse con la confusa sensación de no haber logrado ver, prever, entrever el arco iris de sutilezas que le daban vida al texto y, por tanto, no haber podido dibujarlo en la traducción. Actuar de esta manera equivale a no reproducir las vibraciones que imprimió el autor —y sobre todo el espíritu del autor— a su material durante el acto de escritura... vibraciones que, nadie lo duda, son parte principalísima del mensaje. A veces, son el mensaje mismo.

Además, la lingüística nos ofrece conocimientos sobre el acto de comunicarse, y como todo texto, una vez que llega a los ojos de un receptor, aunque este no sea el destinatario inicialmente imaginado, se encuentra involucrado en una situación comunicativa, el traductor tiene que, por lo menos, cobrar conciencia de esta situación y, naturalmente, identificar su posición dentro de ella, su función como reproductor del contenido y la forma del mensaje, su responsabilidad ante lo comunicado, sus posibilidades de intervención y los límites que le impone todo este panorama. El traductor (o el intérprete) puede, ciertamente, contentarse con cambiar palabras extranjeras por palabras en su lengua, pero actuando así corre el riesgo de crearles problemas a los demás participantes de la comunicación y, además, como consecuencia, perder la oportunidad de volver a ser llamado a actuar como intermediario. Los intereses que están detrás de las palabras, las intenciones que revelan o esconden las frases y las referencias, los aumentos de volumen (que también se aprecian en la escritura), las bromas, los insultos, las osadías y las torpezas del autor, todo esto tiene una incidencia en la comunicación en lengua original. Tiene que tenerla también en la traducción, y si el traductor no está preparado para hacerlas fluir en la corriente de las palabras (lo que es más, si menosprecia las herramientas que la ciencia le da para ser capaz de lograrlo), probablemente sería más útil dedicándose a otra profesión.

Un texto de la naturaleza de este artículo (y la longitud que puede abarcar en una publicación como *Eventos*) no puede de manera alguna ser más que una apresurada mención de algunos pocos elementos del asunto que trata. Sin embargo, creo haber mencionado suficientes elementos para concluir que todo ello, aunque parezca que habláramos poética o filosóficamente del ser y la nada, es objeto de estudio de una ciencia reconocida y vigorosamente estable: la lingüística, que no ofrece más que ventajas concretas al traductor.

A pesar de ello, a menudo nos tropezamos con estudiantes, profesores, traductores egresados de nuestras aulas y traductores que han llegado a la traducción por el lado de la práctica que se empeñan en aseverar que la lingüística no hace aporte alguno a la tarea del traductor. Semejante pensamiento puede tener su origen en la superficialidad que muchos atribuyen a la actividad de la traducción. Lo sorprendente es que personas que se dedican a esa actividad contribuyan con tanta energía a la difusión de tan pernicioso prejuicio. La lingüística no solo es útil a la traducción sino a todas las carreras que ofrece Escuela de Idiomas, como ha de serlo a todas las que tengan al menos un mínimo rasgo que se conecte con el uso consciente y planificado de la lengua.

Apertura de la celebración del Día del Traductor 2014 en el auditorio de la FHE: de izq. a der., Jesús Morales, presidente del Centro de Estudiantes, Lucius Daniel, director de la EIM, e Irma Brito, jefe del Departamento de Traducción e Interpretación



Además, la lingüística no solo es útil a la traducción, sino que la traducción, que existió desde muchísimo antes, es útil a la lingüística.

Conviene, por ende, estudiar lingüística cuando uno quiere ser traductor, tal como debe ser conveniente, me barranto, estudiar anatomía cuando uno quiere ser médico; matemática cuando uno desea ser arquitecto; física si uno aspira a ser piloto de avión. Para un traductor no puede ser un misterio la relación entre el uso de la palabra y la acción política, entre los refranes y los caracteres religiosos de su pueblo, entre el habla popular y el deporte.

Negar la importancia y la necesidad de la ciencia lingüística en la tarea cotidiana de la traducción, como disciplina y como técnica, como teoría y como práctica; negar los aportes que hace la lingüística a la traductología, como ciencia también y como campo de acción y pensamiento, los aportes que hace la lingüística al trabajo diario de millones de traductores e intérpretes de todo tipo en el mundo entero es como negar explícitamente el inmenso aporte de la ciencia a la vida cotidiana. Y no deberíamos ser los humanistas quienes cometiéramos tamaña insensatez.

emalaver@gmail.com

ETIQUETA: Lingüística

Patricia Torres, licenciada en Traducción, expone en la charla *Traducción profesional: mito o realidad*; a su der., Braulio Journaux y, a su izq., Irma Brito

